

UN FUTURO SUSPENDIDO

Madrid, 14 de febrero 2007

De pie, desde la puerta de la habitación, decidió que ni su cuerpo le parecía ya tan esbelto, ni sus movimientos se coordinaban con la misma agilidad de esos partidos de tenis de su época de noviazgo. Aún así, al verle subido en la escalera, ese cosquilleo adolescente volvió a estremecerle. Se había quedado inmóvil de forma inconsciente al entrar y, en silencio, fijó la mirada en su marido. Todos hemos vivido esa situación en la que de repente, en una milésima de segundo, eres capaz de sentir algo de nuevo, que te agita, sin poder definir qué es, ni saber porqué, ni quedarte claro si te gusta del todo, porque tal vez ese desconcierto asalta tu estabilidad.

Él estaba enfrascado en la tarea de volver a colocar ese sol en el techo. Era la quinta vez que se caía en apenas unos meses. Hasta entonces, un escuálido hilo, atado a un clavo, había sido suficiente para sostener esa figura coloreada de papel maché que, desde el nacimiento de Matías, adornaba el cuarto. Era redondo y no muy grande, con unos pequeños bultos que en forma de extremidades suponían los rayos. Estaba pintado sin uniformidad, en tonos cálidos, predominando el rojo. Una sonrisa y unos ojos lo humanizaban de forma graciosa. En los últimos tiempos, el sol parecía pesar demasiado, y de forma permanente, y cada vez con más frecuencia, aterrizaba en el suelo.

".....Pero por qué se empeña cada vez en que el sol siga suspendido??? ¡qué importará!! ...si además está descolorido..... "

Fueron quizás unos 5 minutos, en los que sólo se escuchaban los débiles golpes del martillo, y las lentas respiraciones de él. No se produjo esa sensación de percibir, sin verlo, que alguien te mira y está compartiendo el espacio contigo. Simplemente al acabar y bajar la vista, se encontró con la figura de Lucía.

"Ah ¿Estás ahí? Anda, pues acércame por favor la botella de agua, que estoy muerto de calor".

Su voz ronca sonó tranquila. Descendió y los dos se desplazaron al sofá para, como venía siendo costumbre, sentarse sin hablar. La puerta entre abierta dejaba ver el sol zarandeándose como el péndulo de un reloj, quizás aún impulsado por el manoseo que había sufrido, o tal vez movido por el suave viento que de forma sosegada entraba por la ventana.

“¿Qué te vas a poner mañana? ...el traje negro está aún en la tintorería”. Su voz llena de afecto era débil, cansada.

Alfonso encogió los hombros, y siguió ordenando la caja de herramientas. Cualquier pequeñez le servía para entretenerse. Pasaba el tiempo más rápido.

A pesar de ser un día de julio, la gota de sudor que cayó sobre la frente de Lucía fue fría. Se levantó para coger un jersey. De nuevo se detuvo de forma automática en la habitación. Todo estaba en un orden tenso. Como si cada una de las paredes esperara que Matías, en cualquier momento, entrara con su alegría y rompiera ese equilibrio falso que llenaba el cuarto. El mismo que regía la casa desde que el niño ya no estaba. Los juguetes parecían increpar ser utilizados de nuevo y deshacerse del polvo. El sol dejó de balancearse, caía erguido desde arriba, en la posición en la que pasaba la mayoría de las horas. La línea recta de su sombra partía la habitación en dos.

Los ojos de Lucía no debieron soportar la imagen. Se humedecieron. De forma insospechada, los brazos de Alfonso le rodearon los hombros. Le acarició con lentitud, hizo que cada minúsculo poro de su mejilla retomara consistencia a medida que se iban deslizando sus dedos por la piel. Le dio un beso en la frente y volvió al sofá.

Al instante se oyó la televisión. Desde el accidente, del que mañana se cumplían tres años, a Lucía le daba la sensación de que ese trasto sonaba cada vez con más fuerza. Con frecuencia se le hacía insoportable el eco de presentadores y noticias.

Al día siguiente, como las dos veces anteriores, la vuelta de la misa no fue fácil. Cuando un momento te obliga a revivir recuerdos, es imposible escapar de una bandada de emociones que de repente se airean, como si sacudieras una sábana de sentimientos que toman presencia de nuevo.

A pesar de que la fuerza con la que le apretaba Alfonso era incluso dolorosa, sus manos no se separaron hasta abrir la puerta.

Durante la cena, surgieron comentarios intrascendentes sobre los familiares y amigos que acababan de ver....

Alfonso la miraba, estaba embaucado en seguir el movimiento de su melena y sus rápidos gestos. Aún le fascinaba la capacidad de su mujer de hablar tan rápido. Siempre le había divertido intentar no perderse con el ritmo de las explicaciones de Lucía. Ahora tocaba seguir cómo había cambiado la vida de su hermana desde que lo había dejado con ese novio, y lo mayor que estaba la Sra. Gutiérrez.....

"ei, oye.....no me escuchas, ¿verdad?".

Aparecieron esos hoyos en los mofletes de Alfonso, mientras asentía con la cabeza...

Un golpetazo desde el cuarto les hizo levantarse.

"No, no te muevas, quiero ir yo".

Esta vez fue Lucía la que se subió a las escaleras para luchar contra ese escuálido hilo y aferrar de nuevo el sol al techo.